

lo que se pudiere, que ya mi señor dará vuelta y querrá luego partir.

EUFEMIA.

Bien has dicho, entremos.

JIMENA.

Pase delante el de los buenos recados.

MELCHOR.

Vais ella, la de las buenas veces.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I.

(Calle.)

POLO. VALLEJO.

POLO.

A buen tiempo vengo, que ninguno de los que quedaron de venir han allegado; pero ¿qué aprovecha, si yo por cumplir con la honra de este desesperado de Vallejo he madrugado antes de la hora que limitamos? ¡Catá que es cosa hazañosa la deste hombre, que ningún día hay en toda la semana que no pone los lacayos de casa, ó parte dellos, en revuelta! Mirá hora por qué diablos se envolvió con Grimaldicos el page del capiscol, siendo uno de los honrados mozos que hay

en el pueblo. Hora yo tengo de ver cuánto tira su barra, y á cuánto alcanza su ánimo, pues presume de tan valiente.

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir en el mundo? ¿Cómo puede pasar una cosa como esta, y mas estando á la puerta de la Seo, donde tanta gente de lustre se suele llegar? ¿Hay tal cosa, que un rapaz descaradillo que ayer nació se me quiera venir á las barbas, y que me digan á mí los lacayos de mi amo que calle por ser el capiscol su señor amigo de quien á mí me da de comer? Así podría yo andar desnudo é ir de aquí á Jerusalem los pies descalzos y con un sapo en la boca atravesado en los dientes, que tal negocio dejase de castigar. Acá está mi compañero. ¡Ah! mi señor Polo, ¿acaso ha venido alguno de aquellos hombrecillos?

POLO.

No he visto ninguno.

VALLEJO.

Bien está, señor Polo: la merced que se me ha de hacer es que aunque vea copia de gente, dobleis vuestra capa y os asenteis encima, y tengais cuenta en los términos que llevo en mis pencias, y si viéredes algunos muertos á mis pies (que no podrá ser menos, placiendo á la Magestad divina), el ojo á la justicia en tanto que yo me doy escape.

POLO.

¿Cómo? ¿Qué tanto peccó aquel pobre mozo que os



habeis querido poner en necesidad á vos y á vuestros amigos?

VALLEJO.

¿Mas quiere vuesa merced, señor Polo? Si no que llevando el rapaz la falda al capiscol su amo, al dar la vuelta tocarme con la contera en la faja de la capa de la librea. ¿A quién se le hubiera hecho semejante afrenta que no tuviera ya docena y media de hombres puestos á hacer carne momia?

POLO.

¿Por tan poca ocasion? ¡válame Dios!

VALLEJO.

¿Poca ocasion os parece reírseme despues en la cara, como quien hace escarnio?

POLO.

Pues de verdad que es Grimaldicos honrado mozo, y que me maravillo hacer tal cosa; pero él vendrá y dará su descargo, y vos, señor, le perdonareis.

VALLEJO.

¿Tal decís, señor Polo? Mas me pesa que sois mi amigo, por dejaros decir semejante palabra. Si aqueste negocio yo agora perdonase, decíme vos, ¿cuál quereis que escute?

POLO.

Hablad paso, que veisle aqui do viene.

ESCENA II.

POLO. VALLEJO. GRIMALDO.

GRIMALDO.

Ea, gentiles hombres, tiempo es agora que se eche este negocio á una banda.

POLO.

Aqui estaba rogando al señor Vallejo que no pasase adelante este negocio; y halo tomado tan á pechos que no basta razon con él.

GRIMALDO.

Hágase vuesa merced á una parte, y veamos para cuánto es esa gallinilla.

POLO.

Hora, señores, óiganme una razon, y es que yo me quiero poner de por medio: veamos si me harán tan señalada merced los dos que no riñan por agora.

VALLEJO.

Asi me podrian poner delante todas las piezas de artillería que estan por defensa en todas las fronteras de Asia, África y Europa, con el serpentino de bronce que en Cartagena está desterrado por su demasiada soberbia, y que volviesen agora á resucitar las lombardas de hierro colado con que aquel cristianísimo rey D. Fernando ganó á Baza, y finalmente aquel tan nombrado galeon de Portugal con toda la canalla que lo ri-



ge viniese, que todo lo que tengo dicho y mentado fuese bastante para mudarme de mi propósito.

POLO.

Por Dios, señor, que me habeis asombrado, y que no estaba aguardando sino cuando habíades de mezclar las galeras del gran turco, con todas las demas que van de levante á poniente.

VALLEJO.

¿Qué no las he mezclado? pues yo las doy por emburulladas, vengan.

GRIMALDO.

Señor Polo, ¿para qué tanto almacen? Hágase á una banda, y déjeme con ese ladron.

VALLEJO.

¿Quién es ladron, babosillo?

GRIMALDO.

Tú lo eres; ¿hablo yo con otro alguno?

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir? ¿que se ponga este desbarbadillo conmigo á tú por tú?

GRIMALDO.

Yo, liebre, no he menester barbas para una gallina como tú; antes con las tuyas delante del señor Polo pienso limpiar las suelas de estos mis estivales.

VALLEJO.

¿Las suelas, señor Polo! ¿Qué mas podia decir aquel valerosísimo español Diego García de Paredes?

GRIMALDO.

¿Conocístele tú, palabrero?

VALLEJO.

¿Yo, rapagon? El campo de once á once que se hizo en el Piamonte, ¿quién le acabó sino él y yo?

POLO.

¿Vuesa merced? ¿Y es cierto eso del campo?

VALLEJO.

¿Buena es esa pregunta! y aun unos pocos de hombres que allí sobraron por estar cansado, ¿quién les acabó las vidas sino aqueste brazo que veis?

POLO.

Pardiez que me parece aquello una cosa señaladísima.

GRIMALDO.

Que miente, señor Poló. Un hombre como Diego García de Paredes, ¿se habia de acompañar con un ladron como tú?

VALLEJO.

¿Ladron era yo entonces, palominillo?

GRIMALDO.

Si entonces no, agora lo eres.



VALLEJO.

¿Cómo lo sabes tú, ansarino nuevo?

GRIMALDO.

¿Cómo? ¿Qué fue aquello que te pasó en Benavente, que está la tierra mas llena dello que de simiente mala?

VALLEJO.

Ya, ya sé qué es eso: á vuesa merced que sabe de negocios de honra, señor Polo, quiero contárselo, que á semejantes pulgas no acostumbro dar satisfecho. Yo, señor, fui á Benavente á un caso de poca estofa, que no era mas sino matar cinco lacayos del conde, porque quiero que lo sepa. Fue porque habian revelado una mugercilla que estaba por mí en casa del padre en Medina del Campo.

POLO.

Toda aquella tierra sé muy bien.

VALLEJO.

Despues que ellos fueron enterrados, y yo por mi retraimiento me viese en alguna necesidad, acodiciéme de un manto de un clérigo y unos manteles de casa de un bodegonero donde yo solia comer, y cogióme la justicia, y en justo y en creyente, &c. Y esto es lo que aqueste rapaz está diciendo. Pero agora, ¿fáltame á mí de comer en casa de mi amo para que use yo de aquellos tratos?

GRIMALDO.

Suso, que estoy de priesa.

VALLEJO.

Señor Polo, aflójeme vuesa merced un poco aquetas ligagambas.

POLO.

Aguarde un poco, señor Grimaldo.

VALLEJO.

Agora apriéteme aquesta estringa del lado de la espada.

POLO.

¿Está agora bien?

VALLEJO.

Agora métame una nómina que hallará al lado del corazon.

POLO.

No hallo ninguna.

VALLEJO.

¿Qué? ¿no traigo una nómina?

POLO.

No por cierto.

VALLEJO.

Lo mejor me he olvidado en casa debajo de la cabecera del almohada, y no puedo reñir sin ella. Espérame aqui, ratoncillo.

GRIMALDO.

Vuelve acá, cobarde.

VALLEJO.

Hora, pues sois porfiado, sabed que os dejara un poco mas con vida si por ella fuera. Déjeme, señor



Polo, hacer á ese hombrecillo las preguntas que soy obligado en descargo de mi conciencia.

POLO.

¿Qué le habeis de preguntar? decí.

VALLEJO.

Déjeme vuesa merced hacer lo que debo. ¿Qué tanto ha, golondrinillo, que no te has confesado?

GRIMALDO.

¿Qué parte eres tú para pedirme eso, cortabolsas?

VALLEJO.

Señor Polo, vea vuesa merced si quiere aqueso pobrete mozo que le digan algo á su padre, ó qué misas manda que le digan por su alma.

POLO.

Yo, hermano Vallejo, bien conozco á su padre y madre, cuando algo sucediese, y sé su posada.

VALLEJO.

¿Y cómo se llama su padre?

POLO.

¿Qué os va en saber su nombre?

VALLEJO.

Para saber despues quién me querrá pedir su muerte.

POLO.

Ea, acabá ya, que es vergüenza: ¿no sabeis que se llama Luis de Grimaldo?

VALLEJO.

¿Luis de Grimaldo?

POLO.

Sí, Luis de Grimaldo.

VALLEJO.

¿Qué me cuenta vuesa merced?

POLO.

No mas que aquesto.

VALLEJO.

Pues, señor Polo, tomad aquesta espada, y por el lado derecho apretá cuanto pudiéredes, que despues que sea ejecutada en mí esta sentencia, os diré el por qué.

POLO.

Yo, señor, libreme Dios que tal haga, ni quite la vida á quien nunca me ha ofendido.

VALLEJO.

Pues, señor, si vos por serme amigo rehusais, vayan á llamar á un cierto hombre de Piedrahita, á quien yo he muerto por mis propias manos casi la tercera parte de su generacion, y aqueso como capital enemigo mio vengará en mí propio su saña.



POLO.

¿A qué efecto?

VALLEJO.

¿A qué efecto me preguntais? ¿No decís que es ese hijo de Luis de Grimaldo, alguacil mayor de Lorca?

POLO.

Y no de otro.

VALLEJO.

¡Desventurado de mí! ¿Quién es el que me ha librado tantas veces de la horca, sino el padre de aque- se caballero? Señor Grimaldo, tomad vuestra daga, y vos mismo abrid aqueste pecho, y sacadme el corazon, y abrilde por medio, y hallareis en él escrito el nombre de vuestro padre Luis de Grimaldo.

GRIMALDO.

¿Cómo? que no entiendo eso.

VALLEJO.

No quisiera haberos muerto por los santos de Dios, por toda la soldada que me da mi amo. Vamos de aqui, que yo quiero gastar lo que de la vida me resta en servicio deste gentil hombre en recompensa de las palabras que sin le conocer he dicho.

GRIMALDO.

Dejemos aqueso, que yo quedo, hermano Vallejo, para todo lo que os cumpliere.

VALLEJO.

Sus, vamos, que por el nuevo conocimiento nos

entraremos por casa de Malara el tabernero, que aqui traigo cuatro reales: no quede solo un dinero que todo no se gaste en servicio de mí mas que señor Grimaldo.

GRIMALDO.

Muchas gracias, hermano: vuestros reales guardados para lo que os convenga, que el capiscol mi señor querrá dar la vuelta á casa, y yo estoy siempre para vuestra honra.

VALLEJO.

Señor, como criado menor me puede mandar. Vaya con Dios. ¿Ha visto vuesa merced, señor Polo, el rapaz como es entonado?

POLO.

A fe que parece mozo de honra. Pero vamos qu'es tarde. ¿Quién quedó en guarda de la mula?

VALLEJO.

El lacayuelo quedó. ¡Ah Grimaldico, Grimaldico, cómo te has escapado de la muerte por dárteme á conocer! pero guarte no vuelvas á dar el menor tropezoncillo del mundo, que toda la parentela de los Grimaldos no será parte para que á mis manos ese pobrete esprittillo, que aún está con la leche en los labios, no me le rindas.



## ESCENA III.

*(Plaza pública.)*

LEONARDO. MELCHOR.

MELCHOR.

¡Oh, gracias á Dios que me le deparó! ¿Párecete que ha sido buena la burla? ¿Esta es la compañía que me prometió de hacer antes que saliésemos de nuestra tierra, y lo que mi señora le rogó?

LEONARDO.

¿Qué fue lo que me rogó, que no me acuerdo?

MELCHOR.

¿No le rogó que me hiciese buena compañía?

LEONARDO.

¿Pues qué mala compañía has tú de mí rescebido en esta jornada?

MELCHOR.

Fíase el hombre en él, pensando luego daremos la vuelta, y ha unas siete horas que anda un hombre como perro rastro, y á mal ni á bien no le he podido dar alcance.

LEONARDO.

¿No podíades dar la vuelta á la posada temprano, ya que no me hallabas?

MELCHOR.

Acabe ya. ¿Tenia yo blanca pára dar al pregonero?

LEONARDO.

¿Y para qué al pregonero, acemilon?

MELCHOR.

Para que me pregonára como á bestia perdida, y así de lance en lance me adestrára donde á vuesa merced le habian aposentado.

LEONARDO.

¿Qué, tan poca habilidad es la tuya que á la posada no atinas?

MELCHOR.

¿Pues si atinára, habia de estar agora por desayunarme?

LEONARDO.

¿Qué no has comido? ¿es posible?

MELCHOR.

¡Calle! ¿tengo el buche templado como halcon cuando le hacen estar en dieta de un día para otro?

LEONARDO.

¿Cómo diablos te perdistes esta mañana?

MELCHOR.

Como vuesa merced iba ocupado hablando con aquel amigo, que no fue hombre, sino azar para mí, yo des-

\*



viéme un poco, pensando que hablaba de secreto y no mas, cuanto doy la vuelta á ver una tabla de pasteles que llevaba un mochacho en la cabeza; atraviesan á mí otros dos (que verdaderamente el uno parecia á vuesa merced en las espaldas) y los dos cuélanse dentro en la Seo á oír misa que decian, que duró hora y media: yo contino allí detras pensando que era vuesa merced, y cuando se volvió á decir el *benedicamus dolime*, que responden los otros *dougráfilas*, lleguéme ad'aquel que le parecia, y díjele: ea, señor, ¿habemos de ir á casa? él, que vuelve la cabeza, y me ve, dijo: ¿conócesme tú, hermano?

LEONARDO.

¡Oh quién te viera!

MELCHOR.

Yo que veo el preito mal parado, acudo á las puertas para volverle á buscar, y mis pecados que siempre andan haciéndome gestos, hállolas todas cerradas.

LEONARDO.

¡Cuál andarias!

MELCHOR.

Yo diré qué tal. ¿Ha visto vuesa merced raton caido en ratonera, que buscando por do soltarse anda dando topetadas de un cabo á otro para huir?

LEONARDO.

Sí he visto algunas veces.

MELCHOR.

Pues ni mas ni menos andaba el sin ventura de

Melchor Ortiz Carrasco, hasta que fortuna me deparó á una parte una puertecilla por do vi salir algunas gentes que se habian quedado rezagadas á oír aquella misa, qu'era la postrera. Pero vamos, señor, si habemos d' ir.

LEONARDO.

¿Adónde?

MELCHOR.

¿Dizque adónde? á casa.

LEONARDO.

¿A casa? ¿y á qué á tal hora?

MELCHOR.

Señor, para tomar por la boca un poco de orégano y sal.

LEONARDO.

¿Para qué sal y orégano?

MELCHOR.

Para echar la tripas en adobo.

LEONARDO.

¿Cómo?

MELCHOR.

Señor, ya ellas estan vinagre de pura hambre, con el orégano y sal ternán con que sustentarse si le paresce á vuesa merced.

LEONARDO.

Pues agora no puede ser: and'acá conmigo, que Valiano que es señor de aqueste pueblo, con quien yo agora de nuevo he asentado, está en visperas, y tén-



gole de acompañar, y oirás las mas solemnes voces que oiste en toda tu vida.

MELCHOR.

Vamos, señor, en hora buena; pero si oir voces se pudiese excusar, reseberia yo señaladísima merced.

LEONARDO.

¡Ah, don traidor! que agora pagareis lo que al cuartaguillo hecistes estar ayuno: ¡ah! ¿acordaisos?

MELCHOR.

Pues pecador fui yo á Dios, hiciérame pagar vuesa merced el pecado donde cometí el delito, y no donde asi me puedo caer á una cantonada desas que no hallaré quien me diga ¿qué has menester?

LEONARDO.

Ora, suso, toma toda esa calle adelante, y pregunta por el hostel del Lobo: cata aqui la llave, y come tú de lo que hallares en el aposento, y aguárdame en la posada hasta que yo vaya.

MELCHOR.

Agora va razonablemente el partido de Melchor; ¿pero no sabríamos lo que sobró para mí?

LEONARDO.

Camina, que yo aseguro que no quedarás quejoso.

MELCHOR.

Yo voy: quiera Dios que ansi sea.

ESCENA IV.

LEONARDO. POLO.

POLO.

Guarde Dios al gentil hombre.

LEONARDO.

Vengais norabuena, mancebo.

POLO.

Dígame, ¿es vuesa merced un extrangero que llegó los dias pasados á este pueblo en compañía del mayordomo de aquesta tierra?

LEONARDO.

Yo creo que soy aqueise por quien preguntais; ¿mas por qué lo decís?

POLO.

Porque anoche sobre mesa trataron de la habilidad suya, y asimismo como era vuesa merced muy gentil escribano y excelente contador: finalmente que sería mucha parte su buena habilidad para entender y tratar en el oficio de secretario de Valiano mi señor, porque como hasta agora sea mozo y por casar, no tiene copia cumplida de los oficiales que á su estado y renta conviene. Holgára yo que vuesa merced quedára en esta tierra y en servicio del señor de ella, por ser uno de los virtuosos caballeros que hay en estas partes.



LEONARDO.

Holgaré por cierto de quedar, porque aquese caballero y yo, que no sé quién es, nos topamos una jornada de aquí, y sabiendo la voluntad mia que era de estar en servicio de un señor que fuese tal, él por la virtud suya me ha encaminado á esta tierra: asimismo como de mi cosecha no tengo habilidad ninguna, sino es aqueste escrebir y contar que cuando niño mis padres (que en gloria sean) me enseñaron, acordaria aquese gentil hombre de dar aviso á vuestro señor de mí, por ver si para su servicio fuese suficiente y habil.

POLO.

Por cierto, señor, que se muestra en él bien que debe de ser persona en quien habrá mas que de él se dice, pero yo creo que andan por la villa en busca suya: vuesa merced vaya á palacio adonde le estan aguardando, que no será razon dejar pasar tan buena coyuntura, sino hacer hincapié, que todos le seremos prestos para su servicio.

LEONARDO.

Muchas gracias, yo lo agradezco, voime.

POLO.

Vaya con Dios.

LEONARDO.

Beso sus manos.

## ESCENA V.

PAULO. POLO.

PAULO.

¿Qué es lo que haces, Polo?

POLO.

Ya puede ver, señor Paulino.

PAULO.

¿Has habido noticia d'este gentil hombre que voy buscando por la villa?

POLO.

Ah, agora se va de aquí derecho á palacio, por habelle dado aviso que van en busca suya.

PAULO.

¿Qué manera de hombre ó edad es á lo que muestra?

POLO.

Gentil mancebo y dispuesto es, señor, y muy buena plática que tiene, y su edad será de veinte y cinco ó treinta años.

PAULO.

¿Va bien tratado?

POLO.

Segun su trage, de ilustre prosapia debe ser su descendencia.



PAULO.

¿De qué nascion?

POLO.

Español me parece.

PAULO.

Anda, vamos.

POLO.

Vaya vuesa merced, que yo por acá me quiero ir á dar vuelta por ver si podré alcanzar una visita de mi señora Eulalia, la negra.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA I.

(*Calle. Noche oscura.*)

VALIANO. LEONARDO. VALLEJO.

VALIANO.

La causa, Leonardo, por qué á tal hora conmigo te mandé que apercebido con tus armas salieses, no fue porque yo viniese á cosa hecha, sino solamente por comunicar contigo aquel negocio que ayer me comenzaste á apuntar, y por eso te he traído por calles tan escombradas de gentes: solamente á Vallejo el lacayo dije que tomase su espada y capa, mandándole quedar á esa cantonada para que con gran vigilancia y cuidado no seamos de nadie espíados, mandándole que haga la guardia.

VALLEJO.

¿Adolos? ¿dónde van? mueran los traidores.

VALIANO.

Paso, paso: ¿á quién has visto? ¿qué te toma?

VALLEJO.

¡Ah pecador de mí! Señor, ¿á qué efecto has salido á poner en peligro tu persona? Vete, señor, á acostar y el señor Leonardo, y déjame con ellos, que yo los enviaré antes que amanezca á cazar gaviluchos á los robres de Mechualon.

VALIANO.

¡Válate el demonio! ¿no aseguras ese corazón? ¿quién me había de enojar en mi tierra, bausan?

VALLEJO.

¡Oh! reniego de los aparejos con que cazan las tórtolas en la Calabria, ¿y eso dices, señor? ¿no ves que es de noche, pecador soy á Dios, y á lo oscuro todo es turbio? A fe de bueno que si no reconociera la voz del señor Leonardo, que no fuera mucho quedar la tierra sin heredero.

VALIANO.

¿A mí, traidor?

VALLEJO.

No sino dormí sin perro: es menester, señor, que de noche vaya avisada la persona, porque en mis manos está el determinarme, y en las de aquel que fir-